

Sobre laburantes, bacanes y proyectos de emancipación

Andrés Mombrú Ruggiero
amombru56@yahoo.com.ar

Desde que Marx invistiera al trabajador industrial como el sujeto histórico del cambio revolucionario, han cambiado muchas cosas. Tantos fueron los cambios que se han producido que no ha habido filósofos, ni sociólogos, ni ideólogos y mucho menos políticos que pudieran definir y encontrar algún tipo de “sujeto” que llenara las expectativas de lo que se pudiera definir como agente de cambio social. Otras definiciones teóricas y meta-teóricas también quisieron aportar una solución a la búsqueda del *sujeto perdido*. Términos como pueblo, colectividad, comunidad, sociedad, se han ido diluyendo en cataratas de significaciones ambiguas y ambivalentes. Las organizaciones guerrilleras, los gobiernos de facto, los socialdemócratas, la teología de la liberación, la *gente del campo*, los intelectuales de todo signo han invocado *al pueblo*. Hoy por hoy es el término que más encontramos en todas las bocas y con el que todos por igual pretenden apresar algún tipo de significante que pueda dar cuenta de hacia dónde quisieran ellos se encaminara el rumbo de la sociedad, (salvo aquellos para los que la idea misma de “pueblo”, les repugna tan visceralmente que prefieren hablar de “vecinos”).

El torbellino de la modernidad ha centrifugado las relaciones sociales y los significantes que se fueron construyendo para dar cuenta de ellas. Tanto los cambios tecnológicos, como los económicos y culturales, fueron redefiniendo y reconfigurando a todos los actores sociales concebidos como clases desde los tiempos de la Revolución Industrial. El concepto de clase también es controversial, ya que éste cambia de significación en relación al elemento que se considere como determinante para su significación; ya se considere la relación con los medios de producción, el nivel de ingresos, condiciones culturales, étnicas, incluso religiosas. En relación al concepto de trabajador, o de clase trabajadora, hoy se extiende mucho más allá del de obrero industrial, pero sigue siendo menos ambiguo que el de oprimido, o explotado, o pobre.

Los libros de disciplinas políticas, sociológicas, antropológicas, económicas, tanto como los discursos de corte político, siguen hablando de “clase trabajadora” la qué, en general, se sigue concibiendo como como sinónimo de “clase obrera”. La condición de obrero se asocia al obrar, sobre todo al manual. Los que desarrollan una actividad intelectual, y mucho más si son profesionales, no se consideran obreros, a lo sumo, como los denominan los brasileños “*colarinho branco*”, “clase” incierta que va desde los oficinistas, hasta los profesionales y funcionarios de alto rango. Esto en oposición a los “*colarinho azul*” que alude claramente al color clásico del overol de los obreros fabriles. Correspondiente a otra “clase” nos encontramos con aquellos que no viven de su propio trabajo, sino que son capaces de acumular enormes riquezas a partir del trabajo de otros. Hay distintas procedencias de acuerdo al ámbito en medio del cual realizan “sus actividades”. En la sociología clásica, los “ricos” pueden serlo por ser dueños de los medios de producción, pero también son variopintas sus denominaciones y sus actividades: burgueses,

empresarios, industriales; terratenientes, oligarcas; dueños de capitales, banqueros, financistas; dueños de los medios de comunicación, etc. Aquello que los iguala en sus diferencias es que en el reparto de la riqueza, sus ingresos no provienen del salario, sino de la renta o la ganancia.

Todo esta cuestión sigue dando mucha tela para cortar, pero para realizar un tipo de abordaje diferente, en lugar de invocar a Marx, Durkheim, Weber, u otros más recientes como Gramsci, Giddens, Habermas o Bourdieu, por sólo citar a algunos, todos muy respetables y encontrables en librerías y bibliotecas, preferiría analizar las denominaciones lunfardas de la jerga del Río de la Plata: “laburante” y “bacán”, que surgen de un acervo colectivo, al que creemos deberíamos prestar más atención, pues expresan en sí mismos condiciones y contradicciones sociales que no siempre alcanzan a explicar las conceptualizaciones de los intelectuales.

“Laburante” es un criollismo que proviene de la deformación del italiano, “laboro”, que significa trabajo y de “laboratori” que significa trabajador. Se instala entre nosotros con las sucesivas oleadas de migrantes y se hermana en el lenguaje entre las clases asalariadas de todos los orígenes. En consecuencia, “laburante” es el que “labura” y de éste modo es sinónimo de trabajador. Ahora bien, se consideran trabajadores todos los que perciben un salario, pero no todos los que perciben un salario, como pueden ser: médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, astrónomos, profesores, y tantos más, se consideran a sí mismo y son considerados por los demás como “laburantes”. Podría pensarse entonces que el laburante es el obrero, el trabajador manual, un tipo de trabajador que apenas permanece en una condición similar a la que lo concibió Marx como el resultado de la Revolución Industrial. Un gerente, aunque perciba un salario no es considerado ni se considera como un laburante. El dueño de una multinacional es un “empresario”, el dueño de un pequeño negocio, o de un pequeño taller es “el trompa”, deformación de patrón y debería ser colocado sociológicamente como perteneciente a la clase de dueños de los medios de producción, entre los burgueses, entre los explotadores, aunque viva, coma, se vista y labore como un laburante. El concepto de laburante se podría compadecer con el de obrero de Marx, si el sujeto en cuestión no tuviera otra cosa que su fuerza de trabajo para vender con el propósito de alimentar a su prole. Pero, hoy por hoy, en esta instancia del desarrollo capitalista, los obreros forman parte vital del andamiaje de consumo, ya no trabajan para que sus hijos apenas coman, sino para que sean depositarios de la superproducción que cada vez depende más de los ingenios tecnológicos y menos de ellos. Los trabajadores han sumado al trabajo alienado, el consumo alienado. Alienación, esta última, de la que participan también los sectores marginales y lumpenizados por la delincuencia del robo, el tránsito de drogas, o de mano de obra para “trabajos sucios”. Pero éstos sin duda ya no forman parte de los laburantes. ¿Qué hace entonces que alguien se reconozca y sea reconocido como “laburante”? Obsérvese que hablamos de la condición de reconocerse y ser reconocido, esto es, que tenga “conciencia” de su condición. El “laburante” sabe, como decía Luis Aguilé en su canción, que: “[...] *lo que como me lo gano con el lomo*[...]”, esto es, que su sustento no proviene de la explotación del prójimo, sino de su esfuerzo y del esfuerzo de los de su condición. Esta situación es opuesta a la de aquel que no labura. Pero los que no laburan tampoco son todos iguales, a la sazón se puede distinguir entre los “labu-

rantes” que no tienen “laburo” y son arrastrados hacia la miseria y eventualmente hacia la marginación, y por otro lado, los que obtienen sus bienes a partir del esfuerzo de los que laburan, sean estos “chorros” o “chupa sangre”. Ahora bien, ¿si no son “laburantes”, pero tampoco “dueños de los medios de producción”? ¿qué serán los profesionales en general, los científicos, los profesores, los funcionarios?, ¿componen otra clase como la ambigua “clase media”? En definitiva, son o no son laburantes? Lo serán en la medida en que lo que les dé el sustento sea nada menos que el laburo, esto es, el obrar, el ir con las manos y con las mentes por delante, como lo hace un albañil cuando construye, como lo hace un cirujano cuando opera, un arquitecto cuando diseña y construye, un escultor cuando esculpe, un músico cuando compone y cuando interpreta, un maestro cuando enseña y cuando lo que obtenga para su sustento no sea extraído mediante plusvalía, engaño, o formas de apropiación que puedan ser legales, pero que necesariamente roban el esfuerzo de otro.

Ahora bien, la condición de “laburante” no es una condición de probidad en sí misma. Marx señala en los Manuscritos Económico Filosóficos:

Ciertamente el trabajo produce maravillas para los ricos, pero produce privaciones para el trabajador. Produce palacios, pero para el trabajador chozas. Produce belleza, pero deformidades para el trabajador. Sustituye el trabajo por máquinas, pero arroja una parte de los trabajadores a un trabajo bárbaro, y convierte en máquinas a la otra parte. Produce espíritu, pero origina estupidez y cretinismo para el trabajador.³

Hay muchas formas de ser estúpido, algunas de las cuales no son responsabilidad de los trabajadores, sino que son el producto de condiciones de existencia y mecanismos de brutalización en las formas de explotación. Un trabajador puede no tener conciencia “*en sí y para sí*”, ya se trate de un ingeniero o de un trabajador rural (peón), pero en el que se reconoce como “laburante” aparece, aunque sea de un modo vago, esa conciencia que le da dignidad a su ser como persona y lo hacen portador de las fuerzas que dan soporte legítimo a la existencia de la sociedad humana. Hay una condición peor que la estupidez y el cretinismo y que “los laburantes” saben reconocer en sus compañeros de faenas, la de los “los ortivas”, “alcahuetes”, “sebones”, que traicionan su propia condición aprovechándose de sus compañeros, que denigran el trabajo del cual surge su dignidad. Los laburantes, saben reconocer también entre ellos la solidaridad, la ayuda mutua, el respeto por sí mismos y por los de su condición. En ellos hay claridad en relación con qué la condición de laburante implica y es inescindible de la dignidad de trabajador. Para el laburante su laburo no es simplemente un modo de ganarse el sustento, es una forma de estar en el mundo que conlleva el amor por el trabajo y el deseo de dignificación del mismo. Las luchas por mejoras en las condiciones de trabajo no son meramente vindicativas, detrás de ellas se encuentra el deseo de emancipa-

³ Marx, K. *Manuscritos económico-filosóficos*, <http://www.galeon.com/bvespartaco/principal.htm>, p. 58.

ción, no sólo de sí, no sólo de los de su condición, sino del género humano. Las luchas de los laburantes están orientadas a la des-enajenación, no sólo en términos de reapropiación de la plusvalía, sino sobre todo de la recuperación ontológica de su “ser en sí y para sí”, y en la comprensión de que ese ser no es, ni puede ser, sino con otro y no a expensas del otro; pero no con cualquier otro, sino con aquel capaz de reconocer la dignidad de la otredad. La premisa sobre la que se construyen estos vínculos no puede ser otra que la libertad. Los proyectos emancipadores no pueden perder de vista la necesidad del fin de la explotación, de la liberación del trabajo alienado, pero de ningún modo confundirlo con el fin del “laburo”, que liberado de las sujeciones de la opresión puede expresar de un modo más pleno algo que ya posee, la capacidad creativa y transformadora en el contexto del respeto de la libertad y del sustento del ser.

Porque, para el sentido común popular, la alternativa es bien clara, o se es un laburante, el que crea produce y transforma por el bien común, o se es un bacán, un parásito. Podrán muchos trabajadores querer convertirse en “bacanes”, pero no será meta de ningún laburante.

Ya hemos visto que es un laburante, el que labora, de lo que sea y obtiene sus sustento del esfuerzo del laborar, personal y colectivo. ¿Pero qué es un bacán? Según el Diccionario del Lunfardo un “bacán”, “[...] es un hombre que mantiene a una mujer bien de plata.”, esto es, el que tiene una “querida” y la “banca”. Pero ¿Quiénes componen el bacanaje? Los oligarcas, los financistas, los dueños de los medios de producir riqueza, los poderosos. ¿Cómo llegan a ser poderosos? La misma condición nos informa que de ningún modo puede ser por el trabajo, ya que el bacán es bacán porque no labura. Si “laburo” y “laburante” son una deformación del italiano y se corresponde con la migración que llegó al Río de la Plata escapando del hambre y de la miseria en Europa, las mayorías de los trabajadores de humilde condición, obreros que junto con sus oficios traían las ideas del anarquismo y del socialismo, bacán en cambio sería la deformación de un anglicismo, “back-hand” que significa, “manos atrás” y qué, metamorfoseado por el “cocolliche” de los inmigrantes se termina convirtiendo en “bacán”. ¿Quién podría “laburar” con las manos atrás? Pues bien, el que va con las manos atrás es el que vigila, el que controla, el que mira como los demás laburan. Seguramente comenzó como un término asignado a los capataces ingleses que controlaban a los trabajadores migrantes y criollos, pero luego la referencia aludió a los “patrones” y se extendió a todos aquellos *ociosos* que vivían sin trabajar, fueran ingleses o criollos, esto es, los que viven del trabajo ajeno. Se podría decir que algunos “bacanes” se afanan y esfuerzan en jornadas interminables para sostener sus *negocios*, pero ese trabajo no puede ser considerado laburo, ya que por definición carece, inmerso en la lógica de la competencia que lo inspira y del egoísmo que lo impulsa, del objetivo del bienestar común. Esta es una distinción que no entienden todos los trabajadores, pero que no se les escapa a los laburantes.

Estos términos todavía conviven con nosotros y son portadores de un significado que no deberíamos perder de vista, para que no se pierdan como una rémora desgastada en el habla, porque tal vez nos ayuden a pensar junto con sociólogos, economistas, filósofos y antropólogos cuales son los sujetos que conforman el entramado social que nos constituye y el modo de no estigmatizar o ponderar

liviana, o ingenuamente, a los sujetos sociales. Para que podamos aprender a reconocerse como laburantes, más allá de las diferencias entre trabajo manual y trabajo intelectual, entre profesionales y operarios, entre científicos y técnicos, entre artistas y artesanos, entre filósofos que se reconocen como tales y los que no saben que lo son, esto es, entre todos aquellos que adhieren al esfuerzo de una construcción colectiva que al mismo tiempo garantice la integridad y dignidad de la persona.